

Formas de dominación y resistencia indígena en Chiquitos (oriente boliviano), siglos XVI-XVIII

Erwin Melgar*

La invasión y colonización del oriente boliviano fue una de las tantas incursiones que realizaron los españoles en el continente americano. Aquí, el invasor no encontró ni imperios organizados, ni caminos, ni una estructura estatal, que hubieran permitido por medio del control de algunos puntos estratégicos el sometimiento total de la población autóctona, tal como ocurrió con el imperio mexicano y el incario.

Los contrafuertes montañosos andinos parecen haber fijado un límite a la penetración de Aymaras y Quechuas. La selva con sus misterios no incitó a estos pueblos a incursionar en ella. La floresta permaneció virgen y poblada por una multiplicidad de etnias esparcidas desde el Río de la Plata hasta las Guayanas.

La invasión española del continente americano en 1492 tuvo como resultado el fenómeno más genocida hasta hoy conocido: la 'castración cultural' de las diferentes sociedades indígenas que, con diversos grados de desarrollo cultural, existían a todo lo largo de su extensión geográfica. Dos fueron las corrientes que la invasión trajo a estas tierras y, siendo ellas diferentes, fueron dos también los sistemas colonizadores puestos en marcha. La invasión del Perú y de Charcas fue minera en su esencia, pues encontró a su paso minas muy productivas y de fácil trabajo. La colonización realizada por los Adelantados del Río de la Plata no fue ni inferior ni superior en catadura moral ni en prácticas guerreras a la anterior, pero en contraste le correspondió actuar en unas tierras que no tenían metales preciosos y sí campos de gran fertilidad. Por la fuerza de estas circunstancias dicha colonización hubo de convertirse en agrícola y ganadera. Las condiciones geográficas y edafológicas determinaron así el carácter de ambos tipos de colonización.

Como jalones de sus avances los invasores del oriente boliviano fueron fundando ciudades. Pasada la laguna de los Xerayes, y en busca, unos del imperio del Enin y otros de El Dorado, los españoles fueron fundando poblaciones tales como Santa Cruz de la Sierra (la antigua), en las faldas de la serranía de San José de Chiquitos, La Barranca, La Nueva Rioja, Cotoca y Santa Cruz de la Sierra (la nueva). Posteriormente vino la obra evangelizadora de la Compañía de Jesús, que fundó los numerosos pueblos que aún perduran y se encuentran esparcidos a lo largo de todo el oriente boliviano desde el río Bermejo hasta el Parapetí y el Madera.

La fundación de estas ciudades estuvo determinada primeramente por la voluntad de los descubridores, pero no tanto

que no siguieran ciertas determinaciones y principios, los cuales constituyeron una pragmática legal que sería posteriormente plasmada en la **Recopilación de Leyes de Indias**. Dichos principios tenían que ver con la cantidad de vecinos, vacas y puerkas de vientre que éstas debían tener. Aspecto muy importante era el reparto de los indios de encomienda que debían servir a cada uno de los vecinos de la ciudad.

Incursión militar a Chiquitos

La superficie aproximada de la región de Chiquitos es de 33.330 km². Desde San José al sur hasta San Javier al norte, siete de los pueblos misioneros de Chiquitos forman por su ubicación una suerte de arco en torno a la ciudad de Santa Cruz de la Sierra que mide itinerariamente poco más de 139 leguas de Castilla. Dichos pueblos son de norte a sur: San Javier, Concepción, San Ignacio, Santa Ana, San Rafael, San Miguel y San José (ver mapa).

Afuera de este arco, en la extremidad sudeste de la provincia se encuentra el grupo formado por los pueblos de San Juan al norte, Santo Corazón al este y Santiago al sur. Forman estos pueblos los tres puntos de un ángulo agudo que abre sus dos lados también hacia el oeste en dirección a Santa Cruz. Santo Corazón se encuentra distante apenas una veintena leguas de la laguna «la Gaiba», en el límite con el Brasil. Esta laguna y otras similares que se extienden hasta la gran ciénaga de Xerayes y las riberas occidentales del alto Paraguay hasta el Jaurú son célebres en la historia del descubrimiento y sometimiento de los indígenas Chiquitanos y de otras etnias que poblaban estos territorios.

La primera de las empresas invasoras estuvo a cargo del Gobernador Juan de Ayolas en el año de 1537. Dicha expedición contaba con 200 soldados españoles y numerosos auxiliares indígenas. Los expedicionarios se internaron por el paralelo 21, aproximadamente frente al cerrito de San Fernando en la margen izquierda del río Paraguay, siguieron por la Barranca -entonces denominada puerto Candelaria. Continuando con rumbo oeste y noreste desde la laguna de Ayolas -llamada más tarde de la Cruz- esta expedición llegó a alcanzar las sierras del Alto Perú por el lado de la actual Santa Cruz. En esta zona se detuvieron, sin haber fundado ninguna población. Dejando en el río Guapay tan sólo a algunos impedidos y ancianos, los expedicionarios iniciaron el viaje de regreso al Paraguay llevando consigo oro y plata que descubrieron a lo largo de la travesía. Sin embargo, en su viaje de regreso fueron muertos por los indígenas que habitaban dichos territorios.

A fines de 1543 se internó en la zona Alvar Núñez Cabeza de Vaca al mando de 300 españoles y de aproximadamente 2.000 auxiliares indígenas. Tras unos pocos días de estadía en tierras de Chiquitos y tras plantar el madero de la cruz y de enseñar a los indígenas por boca de sus capellanes el nombre del dios cristiano, Alvar Núñez debió retornar a Asunción debido a que se encontraba escaso de medios económicos para seguir hacia el Alto Perú.

En 1547 Domingo Martínez de Irala junto con Ñuflo de Chávez y otros expedicionarios llegaron al río Guapay, al

oriente de la actual ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Allí encuentran a indígenas encomendados a Peranzures y se detienen. Ñuflo de Chávez fue enviado a Lima para entrevistarse con el virrey La Gasca. Cuando regresa no encuentra ni a Irala ni a su gente y decide regresar a Asunción con los 80 hombres que trajo del Perú. En 1558 Ñuflo de Chávez salió nuevamente de Asunción. En esa oportunidad ingresó por la laguna de Xerayes, llegando hasta los campos del actual Moxos, para después descender hacia el sur. En dicho recorrido, el 24 de junio de 1559, parte de su gente se sublevó, abandonándolo y regresando a Asunción. Junto con él quedaron Hernando de Salazar, unos 40 españoles y algunos centenares de indígenas amigos. Con dicha gente Ñuflo de Chávez fundó el 1 de agosto de 1559 la ciudad de Nueva Asunción en la orilla derecha u oriental del Río Grande o Guapay. Posteriormente en una entrada que realizó Ñuflo de Chávez a la otra banda del Guapay se encontró con gente que había entrado bajo el mando de Andrés Manso, iniciándose así un conflicto jurisdiccional entre ambos conquistadores. Como resultado del mismo Ñuflo de Chávez se dirigió junto con Salazar a Lima para pedir justicia.

El 15 de febrero de 1560 el virrey del Perú, Marqués de Cañete, nombró como gobernador de la provincia de Moxos a su hijo, Dn. García Hurtado de Mendoza, nombrando como su lugarteniente a Ñuflo de Chávez. Como el primero se encontraba en Chile el cargo de gobernador lo desempeñaba Ñuflo de Chávez. Con esta decisión el virrey creó una nueva provincia o gobernación en el oriente boliviano y aunque Andrés Manso resistió a las órdenes virreinales, fue apresado y enviado a la Plata como prisionero.

El 26 de febrero de 1561 Ñuflo de Chávez fundó Santa Cruz de la Sierra en la falda de la serranía de Chiquitos, a muy pocos kilómetros de la actual población de San José de Chiquitos. La ciudad chiquitana, así como la de los valles de Grigotá, tuvo como finalidad expresa la de servir de extrema avanzada de los invasores españoles contra las belicosas etnias Chiriguanas que dominaban la región. Asimismo dicha ciudad sirvió como fortaleza para defender las tierras de Charcas -con el legendario Potosí al centro- de las atrevidas incursiones de esas etnias. Con estas dos características Santa Cruz de la Sierra se convirtió en la base de todo el proceso de penetración a la región a la que se denomina genéricamente como oriente boliviano.

A más de estas razones, la especialísima ubicación de Santa Cruz de la Sierra en el corazón de América del Sur le otorgó una importancia tal, que Ernest Samhaber cree en nuestros días que su fundación constituyó uno de los grandes hitos de la historia continental. En efecto, Santa Cruz de la Sierra no sólo significó la unión de dos corrientes hispánicas de invasión, sino también fue considerada el atalaya o punto de avanzada para la conquista del imperio del Enin o del Rey Blanco, el cual muchos indígenas ubicaban hacia el noroeste, es decir, en las serranías ricas en oro de la actual región de Matto Grosso. Sin embargo, la muerte del capitán Ñuflo de Chávez a manos de un indígena Itatin en setiembre de 1568, cortó por completo la comunicación con el Paraguay y el Río de la Plata y, sobre todo, se suspendió para siempre la conquista

de Matto Grosso que, al decir de Azara (1847: 177), hubiera sido español si el conquistador hubiera vivido unos años más.

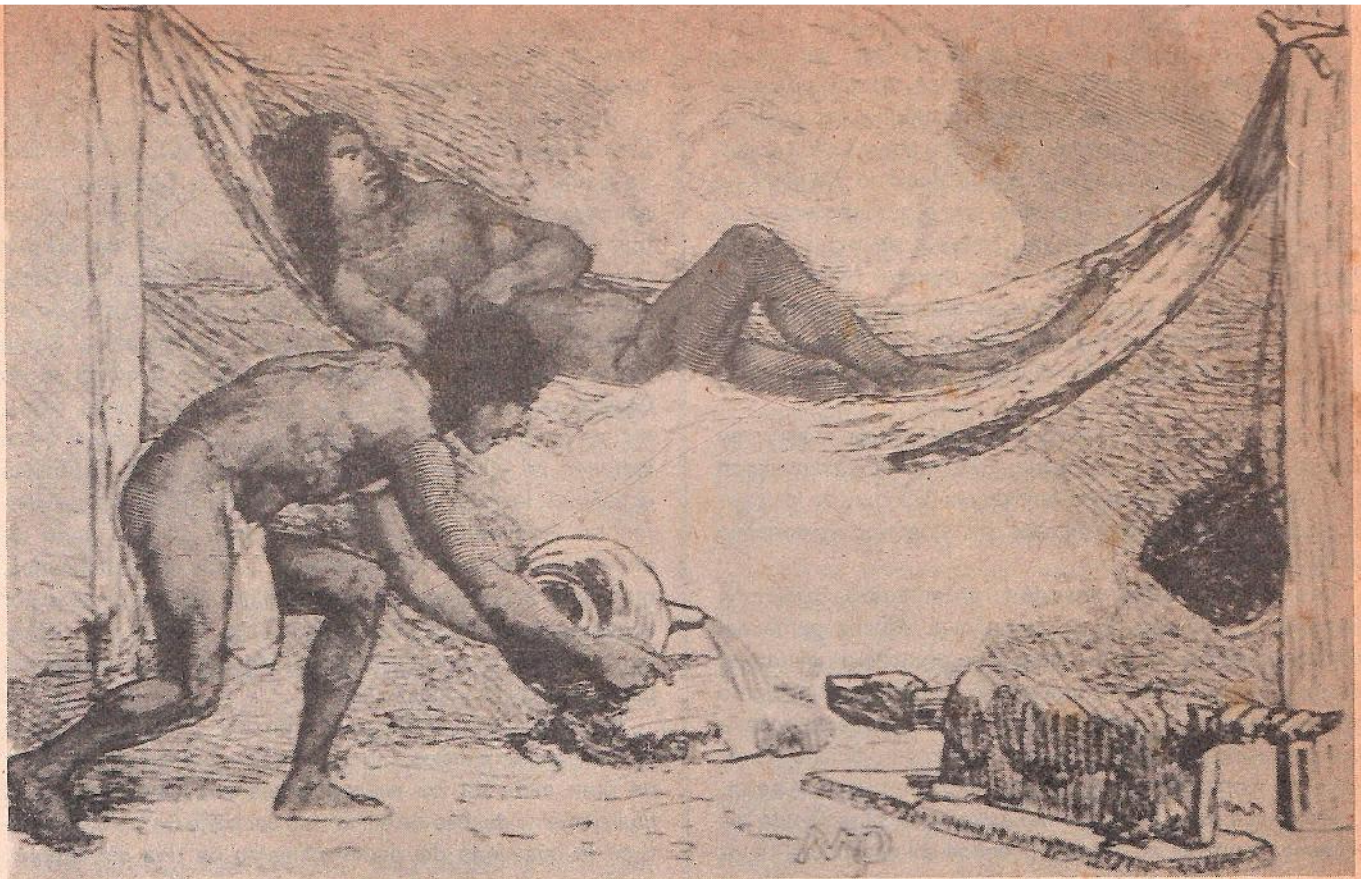
A esto habría que agregar que el 26 de junio de 1595 Felipe II prohibió a los gobernadores de Santa Cruz de la Sierra realizar descubrimientos por el lado del Brasil. Esto fue consecuencia de la muerte del Cardenal-Rey de Portugal y de la sucesión en el trono portugués de Felipe II, rey de España. Gracias a esto la península ibérica y todo su inmenso imperio colonial quedaron bajo una sola corona. Con el fin de congraciarse con sus nuevos súbditos lusitanos y de que éstos no se sintieran amenazados sus intereses es que Felipe II prohibió el avance español hacia el Brasil.

Sin embargo, los portugueses correspondieron mal a la candidez de tal política, pues al amparo de la comunidad de soberanía extendieron sus dominios en América mucho más allá de los límites originalmente fijados por el Tratado de Tordesillas entre los dominios españoles y lusitanos. Mientras los españoles confinaban sus actividades amazónicas en la región de Maynas, Pedro Texeira con conocimiento de Felipe IV de España y III de Portugal tomaba posesión del río Amazonas -cuyos primeros exploradores europeos fueron españoles- en nombre del monarca lusitano (Rodríguez 1684). En 1665 Portugal recobró su soberanía, pero España no recobró jamás las ricas posesiones que le usurparon los portugueses y, en especial, el río Amazonas. Por ser la vía más directa hacia España la comunicación con este río era un objetivo de fundamental importancia para los pobladores de Santa Cruz de la Sierra. Ello explica en parte las numerosas entradas a los Moxos. Impedida de comunicarse con el Atlántico, Santa Cruz de la Sierra se convirtió en puerta de entrada a las misiones jesuíticas de Moxos y Chiquitos fundadas a lo largo de los siglos XVII y XVIII, y posteriormente en puerta de entrada a las misiones fundadas en la cordillera en las postrimerías de la Colonia.

Por su ubicación geográfica y por el hecho de haber sido fundada con gente proveniente tanto del Perú como del Río de la Plata, Santa Cruz de la Sierra actuaba como una suerte de gozne que unía las corrientes colonizadoras de ambas regiones. La función económica de Santa Cruz gravitó hacia lo que por entonces se conocía por Perú, es decir, el altiplano. El algodón, el azúcar, la cecina y otros muchos productos, así como la mano de obra indígena, proveniente en un comienzo de las serranías de Chiquitos y más tarde de los llanos de Grigotá, iban a parar al gran mercado de la época: el Potosí legendario que, al decir de un magistrado español, era un monstruo que devoraba todo cuanto se producía en un radio de centenares de leguas a la redonda.

Resistencia indígena a la incursión militar

Como consecuencia de la ocupación del oriente boliviano a través de la fundación de una serie de poblados españoles, la población indígena que habitaba estos territorios experimentó una fuerte alteración en su desenvolvimiento cultural; alteración que va desde la disminución de la población indígena como resultado de las epidemias que trajeron consigo los conquis-



tadores, hasta la eliminación física (genocidio) de la población indígena que se negó a someterse a la autoridad española, pasando por la imposición de valores culturales europeos. En la medida en que los valores culturales indígenas eran percibidos como anacrónicos en relación al sistema social dominante, se buscó la forma de sustituirlos utilizando para ello una serie de medios que iban desde el desarrollo de formas compulsivas de aculturación hasta la eliminación completa de aquellas etnias que resistían al avasallamiento militar, cultural e ideológico español.

Frente a la dominación de los invasores españoles los indígenas desarrollaron diversas formas de resistencia. En términos generales éstas pueden clasificarse en formas de resistencia de carácter pasivo y formas de carácter activo. Las formas pasivas incluían la negación a internalizar los valores culturales del invasor, así como el desarrollo de discursos contestatarios a través del mito, el rito y la leyenda. Las formas activas de resistencia comprendían principalmente el enfrentamiento directo con los invasores a través de la guerra, así como el desarrollo de estrategias de destrucción de las poblaciones fundadas por los invasores.

Esta actitud se desarrolló como consecuencia de las diferentes formas de explotación a las que fueron sometidos los indígenas sin compensación alguna. Así, hacia fines del siglo XVI el sistema de encomiendas instaurado formalmente por el gobernador Domingo Martínez de Irala en 1556 ya había manifestado claramente sus principales vicios, tal como lo expresa una cédula real de 1582 en donde se le atribuyen graves injusticias y muertes:

«Somos informados -dice el Rey al Obispo del Río de la Plata y lo mismo repite a su gobernador-, que en esa provincia se van acabando los indios naturales de ella por los malos tratamientos que sus encomenderos les hacen y que, habiéndose disminuido tanto los dichos indios que en algunas partes faltan mas de la tercia parte, les llevan las tasas por entero ... y los tratan peor que esclavos y como tales se hallan muchos vendidos y comprados de unos encomenderos a otros y algunos muertos a azotes, y mujeres que mueren y revientan con las pesadas cargas, y a otras y a sus hijos les hacen servir en sus granjerías, y duermen en los campos y allí paren y crían, mordidos de sabandijas ponzoñosas, y que hay madres que matan a sus hijos, en pariendoles, diciendo que lo hacen para librarlos de los trabajos que ellos padecen; y que han concebido los indios muy grande odio al nombre cristiano y tienen a los españoles por engañadores y no creen en cosas que les enseñan ... y ya que por haberse hecho, ha llegado a tanta corrupcion y desconcierto conviene que de aquí adelante se repare con mucho cuidado» (Gandia 1939: 347)

La evidencia presentada en este documento regio nos habla de las pesadas cargas que debieron soportar los pueblos indígenas como consecuencia de la invasión y sometimiento de sus territorios y culturas. Las diversas formas de resistencia indígena frente al invasor constituyeron intentos, a veces extremos, de mantener su independencia. Como resultado la clase dominante española vio la necesidad de cambiar las modalidades de sujeción de los indígenas.

Luego de las fundaciones, los conquistadores impusieron las reducciones, doctrinas y repartimientos, sistemas de colonización y expoliación que frecuentemente incluían castigos corporales. Esto trajo consigo la paulatina merma de la población indígena y en muchos casos la decisión indígena de preferir la muerte por suicidio antes que el sometimiento a un dominio tan cruel e inhumano. Secuela de estas formas despóticas de dominación fueron las grandes rebeliones indígenas, en las que muchos perecían tanto como consecuencia de los enfrentamientos armados, como de los castigos impuestos por los españoles una vez sofocadas las sublevaciones.

En el oriente boliviano la explotación de las salinas así como las rebeliones fueron factores negativos que no sólo pusieron a prueba la capacidad de supervivencia biológica de los pueblos indígenas, sino que en muchos casos lograron el exterminio de los mismos.

La explotación de las minas de sal en territorio de los Sirionó despertó la ambición de los españoles. Mucha gente del altiplano acudió a aquellas minas y so pretexto de extraer el preciado mineral, esclavizaron a la población local mediante pesados trabajos. La población Sirionó sufrió un fuerte proceso de disminución demográfica. Eventualmente los Sirionó sobrevivientes abandonaron sus tierras y se internaron en la selva.

Nadie que haya intentado desentrañar la situación de los indígenas amazónicos durante la época colonial podrá negar que la insurgencia surgió como consecuencia lógica de la explotación. Cansados de tolerar el trato inhumano a que los sometían los europeos muchos de los pueblos indígenas de la región se rebelaron contra los opresores. En el siglo XVI los Chiquitanos combatieron valerosamente a los españoles, logrando muchas veces destruir sus fundaciones.

Así, en 1575 -la fecha más aceptada-, los españoles se vieron forzados a abandonar Santa Cruz 'la vieja'. En su **Relación historial de las misiones de Chiquitos** el P. Fernández atribuye este suceso a que habiendo los encomenderos exasperado a los indios de las misiones circunvecinas con su codicia y sus tiranías, éstos se amotinaron, dieron muerte a sus señores, y obligaron a los españoles sobrevivientes a retirarse hacia occidente donde fundaron Santa Cruz de la Sierra 'la nueva'.

Entradas misionales a Chiquitos

Invasión, dominación y misión conforman una estrecha unidad, constituyendo el meollo, la médula del proyecto que trajo a los españoles y portugueses a América. Nadie, ni siquiera los grandes defensores de los indígenas como Antón de Montesinos o Bartolomé de las Casas, pusieron esa unidad en tela de juicio. Toda la disputa -y no es poca cosa dadas las circunstancias-, giró en torno a la manera en que esos tres momentos del proyecto global deberían estar unidos.

El proyecto global era un proyecto de dominación. La invasión era el medio necesario para asegurar la dominación; mientras que la misión era concebida como el momento espiritual que legitimaba al proyecto global. No se concebía una

evangelización que no fuese al mismo tiempo sujeción con todo lo que ello implicaba.

Una vez consumado el traslado de Santa Cruz a San Lorenzo de la Frontera (que posteriormente adquirió el nombre de Santa Cruz de la Sierra), la región de Chiquitos quedó completamente abandonada. Los indígenas Chiquitanos habían adoptado con gusto las herramientas españolas, las que pasaron a constituir los principales instrumentos para el desarrollo de sus actividades productivas. Con la expulsión de los españoles se hizo más difícil conseguir herramientas. Como consecuencia los Chiquitanos comenzaron a cruzar el río Guapay con el objeto de hurtar machetes, azadones, palas, etc. en las granjas que rodeaban a la ciudad. Aunque estos ladrones no causaban ningún otro daño a las haciendas españolas, lo cierto es que las incursiones indígenas se hicieron tan frecuentes que desembocaron en una serie de enfrentamientos con los españoles. Dichos enfrentamientos, que fueron muy comunes a fines del siglo XVII, terminaban por lo general con el triunfo de los españoles, quienes aprovechaban la ocasión para capturar a los Chiquitanos como esclavos para sus granjas y estancias.

La disminución demográfica de los Chiquitanos como consecuencia de estos enfrentamientos y el esclavizamiento de gran parte de los sobrevivientes desembocaron en el desistimiento del uso de las armas por parte de los indígenas y en la búsqueda del establecimiento de una convivencia pacífica con los españoles. Fue en esta coyuntura histórica que apareció el P. José de Arce de la provincia jesuítica de Tucumán. Este sacerdote había venido realizando diversas entradas a las rancherías de los indígenas de los ríos Pilcomayo y Bermejo, sembrando en todas partes el Evangelio sin detenerse en parte alguna a 'cultivar ni cosechar almas'. Para su empresa evangelizadora contaba como centro de operaciones con el recién fundado Colegio de Tarija, ubicado en un lugar estratégico.

En su última entrada el P. Arce llegó hasta el Parapetí donde hizo amistad con los Chiriguano por haber puesto en paz a los caciques beligerantes de Tacuarembotí y de Charagua. Una vez logrado esto, siguió por el río Guapay, hasta llegar a la nueva Santa Cruz donde se presentó como emisario del cacique de los Tembetás de Abapó y donde expuso su proyecto de fundar entre los Chiriguano un primer plantel propagador de la fé. Sin embargo, Dn. Agustín Arce, gobernador de Santa Cruz logró persuadir al P. Arce de la conveniencia de fundar misiones entre los Chiquitos en lugar de entre los Chiriguano. El Provincial de los jesuitas se mostró receloso ante este proyecto debido a la escasez de misioneros, pero la llegada de 44 sacerdotes desde Europa puso fin a sus dudas.

Sin más vacilaciones se dictaron disposiciones favorables a la fundación de misiones entre los Chiquitos. Cinco de los recién llegados junto con dos de los antiguos residentes debían remontar el río Paraguay, mientras que el P. Arce debía salirles al encuentro por el lado del Guapay con el fin de dejar establecida la ruta de comunicación entre Chiquitos y el Río de la Plata. En frágiles embarcaciones remontaron los jesuitas el río Paraguay hasta la altura del paralelo 19 en busca de la laguna de Xerayes, la cual no encontraron.

Mientras tanto el gobernador de Santa Cruz fue reemplazado y la actitud de sus pobladores dejó de ser favorable a la empresa conversora o repobladora de la región de Chiquitos. El P. Arce se encontró aislado. Los vecinos de Santa Cruz le decían:

«Bien conocidos tenemos ya, por nosotros mismos y por lo que les paso a nuestros padres de Santa Cruz la vieja y de San Francisquito, bien conocidos tenemos a esos bárbaros bestiales y depravados, a quienes su Paternidad se imagina poder sujetar dentro del molde estrecho de la ley evangélica. Las costumbres disolutas de estos salvajes no consienten freno ni se han prestado a admitir siquiera las idolatrías de las tribus confinantes, idolatrías que se fundan en algún temor o en algún amor de esos que son propios de la ciega naturaleza; y cree su Paternidad que será capaz su celo de encender en esos corazones bravíos la llama suavísima de la caridad por el prójimo.

¿Qué espíritu conversor es éste tan temerario, que pretende meterse en aquel clima infernal y en aquel barbarismo diabólico, fiándose tan solo en el dicho de esos indios de que quieren hacerse cristianos? Pues sepa Su Paternidad que tal dicen por descuidarnos a nosotros aquí, para de improviso venir a robarnos la hacienda con burla y con insulto» (Moreno 1978: 217)

El P. Arce, aunque sin apoyo, logró vencer al cabo toda resistencia y obtuvo el paso franco para su entrada. El 9 de diciembre de 1691 salió de Santa Cruz, llegando a fines de ese mes a la región de Chiquitos, donde entró en contacto con la etnia Piñoca. El P. Arce fue afortunado, pues esta etnia de agricultores pertenecía a la nación Chiquita y de entre las etnias de Chiquitos era la más pacífica y sociable. La conquista espiritual de Chiquitos comenzó con el P. José de Arce los primeros días de enero de 1692 hace exactamente 300 años. Entre ese año y 1723 los jesuitas llegaron a fundar seis pueblos de misión. Posteriormente se redujeron otras cuatro etnias.

Una vez reducidos los indígenas en una rancharía los jesuitas procedían a estructurarla y cimentarla como pueblo, desarrollando formas de organización religiosa, social e industrial similares a las impuestas en Moxos. El adelanto de unos pueblos servía de estímulo al de otros. Por este medio emulativo los jesuitas lograron dotar de monumentos arquitectónicos a casi todas sus misiones.

En 1726 el P. Fernández mencionaba a los siguientes grupos o etnias Chiquitanas: Piñocas, Penoquis, Boxos, Tapiquicas, Taus, Xomoros, Penotos, Tapicuas, Caricaes, Pequiquias, Arupores, Tubacis, Puraxis y Honocicos. De éstos, tan sólo los Honocicos estaban sub-divididos a su vez en sesenta sub-grupos. Todos estos grupos fueron reunidos y organizados por los jesuitas, quienes procuraron unificar la lengua y las costumbres, siendo digno de mención el hecho de que la evangelización se realizó en chiquitano y no en castellano. Esto tenía por fin facilitar la conversión de los indígenas, así como mantener las misiones aisladas y sin posibilidad de comunicación con personas extrañas a la autoridad de los misioneros.

Como consecuencia de este último hecho se produjo un proceso de 'chiquitanización' de numerosas etnias que no pertenecían a la nación Chiquitana, pero que habían sido reducidas en las diversas misiones fundadas en la región de Chiquitos. La preferencia de los jesuitas por el chiquitano en desmedro de otras lenguas indígenas obedeció al carácter sociable y a la confianza que inspiraban los Chiquitanos, a pesar de que éstos no eran mayoría en muchos de los pueblos de misión.

El reemplazo de la familia poligámica indígena por la familia monogámica patriarcal y cristiana también contribuyó al resquebrajamiento de las sociedades indígenas. La atomización de la sociedad en familias nucleares fue de la mano de una dinámica de atomización de la propiedad de la tierra, profundizando aún más el proceso de disgregación de las comunidades y culturas indígenas. Dicho proceso, en que las misiones fueron instrumentales, culminó en algunos casos con la desaparición de etnias enteras y en otros con su asimilación al sistema social dominante.

Cuando los jesuitas fueron expulsados de América en 1767, éstos acababan de realizar un censo de los diez pueblos de Chiquitos. El mismo daba un total de 23,788 misionarios distribuidos en diez misiones. Al año siguiente tuvieron lugar dos fuertes epidemias que disminuyeron en cerca de 4,000 niños la población total. Según los padrones las misiones de Chiquitos poseían en 1768 un total de 19,981 neófitos (ver Cuadro 1)

Al momento de la expulsión de los jesuitas, los Chiquitanos se hallaban organizados en parcialidades en torno de las misiones. Entre éstas figuraban en San Javier: Piocasas, Quemecas, Quiriquias, Punasiquias y Xamacanas; en Concepción: Morocas y Cusiquias -estos últimos sub-divididos a su vez en Cusiquies, Yucarillas y Tapacuras-; en San Miguel: Pequicos, Saracas, Quehueciquias, Guaroyocas, Samanucas, Piococos y Xutriminucas; y en Santo Corazón: Matahuacas y Borós. Esta compleja organización social de origen eclesiástico persistió por muchos años, aunque posteriormente las corrientes colonizadoras y sus necesidades de explotación fueron desintegrando estos centros o reducciones antes fuertemente cohesionados.

Cuadro 1: La población misional de Chiquitos, 1768

Misión	Población
San Javier	2,022
Concepción	2,913
San Miguel	1,373
San Ignacio	2,183
Santa Ana	1,771
San Rafael	2,046
San José	2,038
San Juan	1,770
Santiago	1,578
Santo Corazón	2,287
Total	19,981



Formas de resistencia indígena en el contexto misional

La actitud de resistencia de los indígenas en relación a los misioneros fue muy diferente de la presentada ante las incursiones militares españolas. Mientras que en este último caso predominaron formas de resistencia activas, en el contexto misional predominaron las formas pasivas, quizás como consecuencia de las atrocidades y el quebrantamiento del poderío militar indígena que tuvo lugar en la etapa de conquista militar.

La resistencia indígena se manifestó bajo diversas modalidades. Los intentos jesuítas de homogenizar la cultura de la región, creando un nuevo modo de ser y nuevos modos de hacer en todos los órdenes -político, económico y religioso- fueron resistidos por algunas etnias. En algunos casos éstas optaron por organizar pequeñas rebeliones, que eran sofocadas con facilidad; en otros, optaban por escapar del control misional internándose en la selva.

Una tercera forma de resistencia frente al proceso de chiquitanización a nivel de la lengua y de las tradiciones culturales fue la negación a internalizar los valores impuestos por los misioneros. De este tipo de resistencia pasiva se originaron una serie de estereotipos y prejuicios de parte del invasor respecto de los indígenas. De acuerdo a los primeros, los indígenas serían flojos, sucios y ladrones, sin comprender el origen contestatario y la rebeldía inherente a tales actitudes, que en cierta forma perduran hasta nuestros días.

Si bien las diversas modalidades de resistencia pasiva desarrolladas por los Chiquitanos frente a los misioneros no

son particulares a ellos pudiendo ser encontradas en otras regiones de los trópicos americanos, su especificidad puede ser encontrada en los elementos intrínsecos al hecho de 'ser Chiquitano': las leyendas, mitos y ritos que perduran hoy en día en la cosmovisión Chiquitana y que son manifestación de una resistencia que tiene más de 300 años de antigüedad.

Conclusiones

El 12 de octubre de 1492 Cristóbal Colón desembarcó en las costas americanas, produciéndose el llamado 'descubrimiento' de América e iniciándose la llamada 'conquista' y 'colonización' del continente. Personalmente no comparto dicha posición. Sostengo que lo que tuvo lugar fue la 'invasión' del continente americano -proceso que se basó en la falta de respeto por las manifestaciones culturales de sus pueblos autóctonos, así como en la imposición de elementos culturales, ideológicos y políticos que debían reemplazar las cosmovisiones indígenas-, y no una 'conquista' como quieren hacernos creer los representantes de la ideología y teología de la dominación para justificar los acontecimientos que tuvieron lugar a partir de 1492. Acontecimientos que condujeron a uno de los más grandes genocidios conocidos por la humanidad y a procesos de etnocidio aún hoy en día propiciados por los estados nacionales.

Dicha invasión estuvo a cargo originariamente de la trinidad Estado, Iglesia y Conquistador. Aún cuando cada uno de los

componentes de esta trinidad tenía una personalidad propia, la invasión era una sola; pero la invasión, más que un hecho, fue un proceso y en su curso los componentes de esta trinidad se fueron separando, imperceptiblemente al comienzo, deliberadamente después.

Todo este proceso generó una fuerte resistencia por parte de los indígenas. La misma se manifestó a través de formas pasivas y activas. Al notar la resistencia indígena frente a los intentos de conquista militar, tanto los españoles como los portugueses vieron la necesidad de poner en marcha otras modalidades de dominación. Este cambio se vio reflejado en la sustitución de los soldados por los misioneros. Este cambio de modalidad, pero no de objetivo de dominación, puso en marcha el proceso evangelizador. El mismo supone dos axiomas: primero, que el paganismo es inaceptable y debe ser combatido; segundo, que el mal que caracteriza al 'otro' puede ser superado, reconociéndosele los medios para superarlo y elevarse a través de su identificación con la perfección representada por el cristianismo. Obstruir la fuerza de las creencias paganas de los indígenas es destruir la sustancia misma (maligna) de su sociedad. Se trata, por lo tanto, de un resultado buscado: la conducción del indígena por el camino de la verdadera fé posibilita su tránsito del salvajismo a la civilización. El etnocidio se ejerce por el bien del salvaje.

Las diferentes estrategias de resistencia desarrolladas por los pueblos indígenas frente a la dominación española constituyen, por lo tanto, parte de una lucha constante de parte de éstos por mantener su libertad y su identidad, atributos que en su etnocentrismo y en su afán de dominación el invasor quiso quebrantar por considerarlos un obstáculo para la concreción de su proyecto.

Bibliografía

Azara, F. de 1847. **Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata**, Vol. II; Madrid.

Gandía, E. de 1939. **Francisco de Alfaro y la condición social de los indios**; Editorial El Ateneo; Buenos Aires.

Mires, F. 1987. **La colonización de las almas**; DEI; San José de Costa Rica.

Moreno, G.R. 1978. **Catálogo del Archivo de Moxos y Chiquitos**; Editorial Juventud; La Paz.

Meliá, B. 1988. **El Guaraní conquistado y reducido**; CEADUC; Asunción.

Rodríguez, M. 1684. **El Marañón y el Amazonas**; Madrid.

* Sociólogo boliviano. Actualmente cursa la Maestría de Estudios Amazónicos de la Facultad Latino Americana de Ciencias Sociales (FLACSO).